

(En la versión manuscrita viene a continuación de **I – Atardecida**)

II

- Sí, decididamente no soy un hombre importante. Escribo cartas larguísimas a mis amigos, subo en los tranvías sin sentirme humillado y siempre me sobra tiempo para todo. Juan se está haciendo este resignado examen de conciencia en una mesa que no es la suya. Un equivocado transeúnte le ha invadido su rincón. Si se tratase de un asiduo, de uno de la casa – D. Nicanor, redondo, patilludo, dictador, no dice mi café, mi bar, mi establecimiento sino mi casa, abriendo mucho la boca- Juan rompería una lanza ante el desafuero pero ¡Señores con un nuevo... ! Seguramente por eso no es aconsejable pedir un café con leche.

El café es un café familiar. Todo es allí acogedor, untuoso. Las escenas de café en sus paredes, sus mesitas de aula con manteletes color garbanzo y una gran lámpara de vidrio que ejerce una extraña atracción sobre los clientes. Y como en una familia no debe haber secretos, el café no tiene reservados. Al fondo una consola estilo imperio un tanto renegrida, pero todavía de muy buen ver y que se advierte al punto que guarda alguna secreta relación con el tercer matrimonio de su dueño. Para ser de casa es necesaria consagración. El primer paso son las palmaditas, oficiosas, enjugadoras de D. Nicanor, el definitivo la segura predilección de Pítusa, una gata cuca y lagotera que enarca el espinazo esperando la caricia con arrumacos de viuda cuarentona.

Juan está inquieto, molesto, extraña mucho el sitio nuevo. Además la espera se está prolongando demasiado.